

Á. Álvaro Martín del Burgo

Y EN EL AIRE, LOS ADIOSES



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°70—

MADRID • MMXVII

De la obra © : ÁNGEL ÁLVARO MARTÍN DEL BURGO

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Tithi Luadthong

Fotografía del autor en solapa © María Díez

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Mayo 2017

I.S.B.N: 978-84-946862-1-4

Depósito legal: M-12473-2017

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

¡Y en la canción de la tierra —primavera y muerte—
anida y alienta y vive el hombre!

ALGUNA ACLARACIÓN

La poesía (una ventana y una apertura) quiere hacer ver de algún modo lo que no se puede enunciar; *destila significado* mediante un recorrido estético de mera alusión, despertando con ello la sensación de *creer haber visto*. Pero también, aún con todo su misterio, tras la poesía late a veces algo de *sistema*, y hay que procurar mostrarlo:

Quisiera comenzar hablando de tres *espacios* y de tres *ideas*, porque creo que quizás de alguna manera es posible redirigir hacia estas nociones cardinales lo esencial que en estos poemas se dice.

Lo primero, que tiene que haber *verdad*, y que esa verdad tiene que darse *en el mundo* (pero no sólo como verdad de la ciencia, sino también y ante todo como verdad humana; como experiencia originaria de la verdad en el arte, o en la religión, en lo espiritual, etc.). Después, que tiene que haber *justicia*, y que esa justicia tiene lugar *entre los hombres* (como libertad en el mundo y como condición de un mundo habitable siempre por hacerse). Para acabar, que tiene que haber *belleza*, y que el espacio de ese darse lo bello es la *vida* (la vida, que asoma como un juego de claroscuro, y donde se mecen por igual lo dulce y lo triste).

Por supuesto, ninguna de estas tres cosas (verdad, libertad y belleza) puede darse absolutamente, porque somos finitos: no cabe *el bien en plenitud*, etc. Pero, aún con todo, la razón tiende irremediablemente hacia ellas tres y quiere su implantación en el mundo; impone, a lo menos una exigencia forzosa de transformación de lo dado. Y esta búsqueda necesaria seguramente sea lo más propio del hacer del hombre.

En este acontecer humano, siempre nuevo, se juegan el hombre y su *mundo*: un espacio entre el cielo y la tierra, como dos dimensiones en cuyo cruzamiento o apertura el hombre vive, como la distancia creada entre dos planos en los que situarse, o desde los que *instalarse*. Entre el cielo (arriba) y la tierra (abajo), y atravesado por el *tiempo*: este «entre» abre el mundo en el que puede el hombre ubicarse, habitar, ser.

Con esto, la temporalidad se descubre como el horizonte de sentido desde el que puede acontecer el ser del hombre. Y hay el tiempo porque, ante todo, el hombre es un ser con piel y cuerpo sintiente: cuerpo vivo que muere.

Es admirable la precariedad con la que los buenos pintores, si quieren, con una silueta rápida saben insinuar un cuerpo humano. En muchas veces carece siquiera de rostro: no pintan a tal o cual hombre, sino al *hombre* en toda su primordialidad, en todo su *poder-ser*, en todo su abrirse siempre ya como *puro proyecto* (porque el hombre es un puro proyecto de ser: la existencia le es dada, pero la vida tiene que buscarla). Con su llaneza, estos pintores pintan la esencialidad de un cuerpo en el punto justo en el que se articulan las dimensiones del cielo y de la tierra, entre las que se abre un mundo con sentido. Este cuerpo le concede al hombre el placer y la risa, le permite amar y ser amado, bailar o arrodillarse para rezar a sus dioses, sentir el hambre y la sed, el dolor y el sueño; un cuerpo le da al hombre el trabajo y la fatiga, el juego, la poesía y la muerte.

Así, tenemos al hombre en el mundo que él se hace, y que con su trabajo y su lenguaje torna habitable. El hombre, con la palabra y el cuerpo, se comprende a sí mismo como un animal que se muere: y sólo este comprender lo hace hombre. Sólo esto le concede la vida; la finitud nos salva

del tedio y de la nada. La nostalgia (eso que Sorrentino ha llamado *La gran belleza*) es lo más esencialmente humano, porque tener nostalgia es comprender realmente el propio ser, que pasa. El hombre entiende que cada cosa que hace puede ser última, que necesariamente vive siempre en despedida, que donde va lo impregna el rumor de los adioses, y que todo viaje no es más que un *viaje*. Rilke escribía:

*¿Quién nos colocó así, de espaldas, de modo
que hagamos lo que hagamos siempre estamos
en la actitud de aquel que se marcha?*

Pero también dijo Borges:

morir es haber nacido.

Y es que se canta a la muerte sólo para comprender la vida. Despedirse, al fin y al cabo, es aceptar el propio ser y saberse finito: a eso resuenan los adioses. Y si este libro insiste tanto en la *condición de haber de marcharse*, es porque no es más que un cancionero a la vida: a la vida, bella porque trágica, que se soporta jubilosamente no como ella es, sino como la *hacemos* —o como debemos hacerla, esto es, plena de verdad, belleza y justicia—.

Este poemario busca recorrer algo de todos esos espacios, dibujarlos, cantarlos, tematizarlos. Es un cancionero sobre el hombre y su mundo, y sobre los escenarios que hay en él: la vida y su claroscuro, el amor y la risa, el paisaje, el bien, lo injusto, lo bello, lo triste, y todo lo que compone esa *canción de la tierra* que es el mundo del hombre, y que se bate entre la primavera y la muerte.

1. Duda
o suave buen morir

I. Palabras con Caronte

Para Guadalupe y Armando

*Navegar es necesario; pero vivir, no.
Arenga de Pompeyo a sus marinos*

Hace mucho que ya no somos cuerpo,
que olvidamos qué dulce sabe el vino,
los placeres del lecho y lo prohibido,
la invención de otras formas en el sueño.

Hace mucho que escogimos vivir
resguardados del mundo y de la vida.
Descubrimos qué era eso del morir:
partir a otras estancias escondidas.

Nos deshicimos de la trova humana.
Nada hiere, al fin son suaves las cosas...
Aquí no es inhóspita la jornada.

No hemos dejado nunca de viajar.
Navegaremos mientras haya olas.
Somos infinitos si lo es el mar.

II. Canción a la muerte de Alfred Schnittke

a L., in memoriam



Epitafio en la tumba
de A. Schnittke*

Quien ama los cementerios
conoce bien lo que se es.
Y sólo aquél se entrega
a la caricia de la tierra mojada
y al silbido del viento entre las hojas,
como un rastro que sana y adormece, y encamina.

La tumba de Alfred Schnittke
(hermosa sabiduría)
no es más que una roca empedrada a mitad de viaje.
Quizá una señal que habla a los que marchan.
Una piedra perdida en el camino (porque

* La poesía y la esencialidad del epitafio del músico ruso Schnittke son de una belleza realmente *esclarecedora*. En el epitafio hay escrito un pentagrama y tres indicaciones musicales: un silencio (es decir, no hay sonido), un calderón (duración prolongada, indefinida), y *fff* (fortísimo). Es simple y sabio: un silencio que se prolonga, que permanece, que aún con todo es estridente; como una presencia intensa, que sin embargo no es más que silencio.

eso somos siempre: una piedra en el camino):
un rastro o una huella, pero también un rumbo y un *sentido*.
Hablemos, porque hablar es apacible
y el decir a menudo contenta.
Hablemos como Alfred Schnittke, o como su tumba,
como quien toda la vida
ha hecho música y ha dibujado puertas,
y no teme ahora seguir sonando, ni teme al silencio.

Hablemos, porque el habla es bella y apacienta.
Y cantemos,
cantemos por ejemplo a la tumba de Alfred Schnittke.
Pero hay que decir entonces,
y que la verdad sea dicha,
que la muerte es un pájaro leve que, apenas roza, vuela,
y la vida es una canción de viaje, que pasa y atardece.